



Ficha 7: El pecado da que pensar

Siguiendo con la reflexión sobre la importancia que tiene vivir bajo la gracia de Dios, que concede por medio de la absolución de nuestros pecados en el sacramento, sería muy interesante reflexionar desde la dimensión o ámbito moral. Lo hacemos desde dos aspectos importantes que tienen que ver con el pecado. Estos dos aspectos referidos son: primero, el pecado como elección libre y responsable del hombre y, segundo, como gesto que al dirigirse contra Dios repercute negativamente en el hombre mismo y en la sociedad. Hagamos por lo tanto una pequeña reflexión.

El pecado como opción libre y responsable del hombre

Somos libres y responsables... el sentido del pecado, el sentido de la culpa y responsabilidad nos afecta y nos hace plantearnos algunas cuestiones: ¿Qué significa decir que el pecado es una elección libre? ¿Cómo es posible esta elección que se fija como objetivo el mal, cuando lo que hay que hacer es ir hacia el bien? Y ¿por qué conociendo el bien hago el mal?

Ante todo, decir que el pecado es una opción libre significa que el hombre no puede llamarse pecador ni a causa del ambiente, ni a causa de la predestinación de Dios, sino que se hace pecador a consecuencia de una decisión consciente y libre propia. Por tanto, la causa del pecado hay que buscarla en el hombre mismo, en su libertad. También es verdad que el hombre no vive aislado y que puede haber condiciones que le faciliten el acceso al mal, consciente o inconscientemente.

Aun así, puede aparecer otra cuestión importante que en principio puede ser un tanto incomprensible: ¿cómo puede la libertad, que por naturaleza tiende al bien, decidirse por el mal y decidirse después de haber reconocido que es mal? Ya S. Pablo se planteaba esta cuestión. Ciertamente se decide porque descubre en su elección el camino para llegar a algo que cree que es bueno. Lo cierto es que el bien perseguido es, en realidad, inadecuado para el hombre en su plenitud porque se limita a satisfacer sólo alguna de sus exigencias: la del placer, de la ventaja, de la autoafirmación del éxito, el poder etc. Todos estos son bienes para el hombre pero no bastan por sí solos para hacerle feliz y, por tanto, hay que armonizarlos con el bien del hombre en su integridad. La presencia del pecado en el hombre hace que éste se sienta empobrecido,

decepcionado, traicionado, descoordinado, desordenado, fracasado, desagrado. Por consiguiente, el hombre, que está esencialmente orientado al bien, muchas veces termina escogiendo el mal. Puede ser consciente de que es el mal, es decir, una especie de bien particular y, por tanto, con aires de satisfacción por lo que ha hecho. Por esta razón el pecado va siempre contra el hombre; es una ofensa que el hombre se hace a sí mismo, y por supuesto, se convierte a la vez en una lacra ofensiva contra Dios y contra los demás.

El pecado como acto contra Dios y contra el hombre.

De manera muy resumida, hagamos un pequeño análisis de cada una de estas expresiones por separado:

- **El pecado como acto contra Dios:** el hombre, como criatura de Dios, pierde la orientación fundamental hacia el creador y se dispone en torno a sí mismo, a su “yo”. En el fondo, el pecado, como bien resalta la Biblia, es una rebelión contra Dios, truncando la relación con él. Al pecar, el hombre se rebela contra Dios, que sin embargo, lo ama y que desde el comienzo ha establecido con él una relación personal de amistad y de salvación. Esta relación personal alcanza su máxima realización en Jesucristo, en el cual Dios nos entrega todo su amor, lo mejor de sí.

El pecado nos pone frente a Dios a pesar de que Dios quiere siempre encontrarse con el hombre. En la cruz aparece de una manera suprema la vulnerabilidad de Dios: ama siempre, a pesar de todo. En definitiva, cuando el hombre considera su pecado mira a Dios y le suplica el perdón y la misericordia. El pecado produce en el hombre un sabor amargo por la traición acontecida rompiendo la amistad con Dios, aunque también viene acompañada de la tristeza del corazón y de las lágrimas del arrepentimiento: «en el Señor hay misericordia y grande es en él la redención» (Sal 130, 7). Dios siempre estará dispuesto a recuperar con nosotros el amor con que hace camino con nosotros.

- **El pecado como acto contra los demás:** lo que el pecador experimenta en la vida personal, repercute también en la vida social. Toda la historia tiene en sí el dilema del mal. Desde Adán, el primer hombre y el primer pecador, con todos los hombres (excepto Cristo y la Virgen María). Todo pecado enlaza con el pecado original y todo hombre pecador cómo desde Adán el pecado ha supuesto para el hombre un gran interrogante y, a veces, una carga enorme.

La triste gracia es que el hombre puede llegar incluso a engañarse a sí mismo llegando hasta su propia destrucción. ¿Por qué no aceptamos ser criaturas amadas por Dios y nos buscamos a nosotros mismos, incluso destruyendo a los demás? Y todo esto afecta a la comunión con los demás, a las relaciones con los demás. Por eso la Iglesia facilita al pecador el camino para llegar a la conversión. Es Dios el que se interesa por nosotros y quiere nuestra conversión. ¡Qué importante caer en la cuenta de que Dios es misericordioso y ofrece su misericordia para que nosotros también lo seamos con los demás! Podemos hacer daño a otros pero, por la misericordia de Dios, podemos reconciliarnos.

Para la reflexión:

1. ¿Sabes distinguir lo que significa el concepto “*libertad*” del concepto “*libertinaje*”, mal uso de la libertad? Poned ejemplos.
2. La afirmación que la misma Iglesia sea “*santa y pecadora a la vez*”, ¿qué es lo que personalmente te sugiere?
3. Se puede presentar la ocasión de hacerse uno personalmente la pregunta de “*por qué hago el mal y, sin embargo, conozco el bien*”. ¿Realmente sabemos qué pasa en nosotros? Comentadlo sinceramente.